

marse una idea cabal de Pio VII, lea las *Memorias* en que su fiel ministro refiere el cautiverio del Pontífice y la interesante *Relacion* del viaje á Génova. El cardenal Pacca ha sido, pues, nuestro principal guia en esta época de la Historia Eclesiástica. Sin embargo, las curiosas *Memorias* que Artaud ha publicado bajo el título de *Historia del Papa Pio VII*, nos han revelado una multitud de circunstancias y presentado documentos de que sin esa obra digna de atención hubiéramos carecido. Colocados bajo otro punto de vista que Artaud, desprendidos de las consideraciones que han ejercido tanta influencia en sus juicios, enteramente adictos á las doctrinas romanas, de que las *Memorias* del cardenal Pacca son una espresion tan pura, al par que noble, hemos, sin embargo, emitido algunas ve-

ces nuestra opinion de un modo distinto que el autor de la *Historia del Papa Pio VII*, sin que por eso nos sea licito dejar de conocer el inmenso servicio que ha hecho á la ciencia con la publicacion de su libro. Ni tampoco podemos menos de confesar la utilidad que esta obra nos ha proporcionado.

El año 1815 es el término de nuestro tercer tomo. Hasta esa época la política no se habia ocupado mas que de destruir; desde entonces en adelante ya pensó en reedificar, haciendo saludables esfuerzos que las nuevas revoluciones han vuelto á contrariar. Los sucesos históricos del año 1815 hasta el 40, están presentados en el tomo IV, al cual antecederá un prólogo particular que indique, entre otras cosas, los materiales que hemos tenido á mano para la composicion de este nuevo trabajo.

que una idea cabal de Pio VII, lea las *Memorias* en que su fiel ministro refiere el cautiverio del Pontífice y la interesante *Relacion* del viaje á Génova. El cardenal Pacca ha sido, pues, nuestro principal guia en esta época de la Historia Eclesiástica. Sin embargo, las curiosas *Memorias* que Artaud ha publicado bajo el título de *Historia del Papa Pio VII*, nos han revelado una multitud de circunstancias y presentado documentos de que sin esa obra digna de atención hubiéramos carecido. Colocados bajo otro punto de vista que Artaud, desprendidos de las consideraciones que han ejercido tanta influencia en sus juicios, enteramente adictos á las doctrinas romanas, de que las *Memorias* del cardenal Pacca son una espresion tan pura, al par que noble, hemos, sin embargo, emitido algunas ve-

ces nuestra opinion de un modo distinto que el autor de la *Historia del Papa Pio VII*, sin que por eso nos sea licito dejar de conocer el inmenso servicio que ha hecho á la ciencia con la publicacion de su libro. Ni tampoco podemos menos de confesar la utilidad que esta obra nos ha proporcionado.

(1) Ducreux, *Siècles chetiens*, t. 9, p. 487 á 515.

(1) Ducreux, *Siècles chetiens*, t. 9, p. 487 á 515.



DISCURSO

SOBRE

EL ESTADO DE LA IGLESIA EN EL SIGLO DIEZ Y NUEVE.

LA Historia general de la Iglesia presenta el cuadro del universo y de sus revoluciones en sus relaciones con el estado sucesivo de la Religion cristiana; es la pintura fiel aunque rápida de todos los siglos, principiando en los tiempos de los Apóstoles y en la predicacion del Evangelio; es el cristianismo considerado en su origen, y seguido en sus progresos desde Jesucristo hasta nuestros dias: Religion santa que se establece, se estiende y se perpetúa de edad en edad, para gloria de su divino autor y felicidad del género humano.

Antes de abordar el último periodo secular, no será inútil presentar bajo un mismo punto de vista las reflexiones que se desprenden del estudio de los diez y siete periodos que le han precedido, deteniendonos muy particularmente en el gran siglo de Luis XIV. Este resumen grabará en los ánimos los sólidos principios que son el fruto de la lectura de una Historia Eclesiástica, y los preparará á recorrer con mas aprovechamiento las últimas páginas de los anales de la Religion.

Si examinamos el estado en que se encontraba el universo al nacimiento del cristianismo (1), observaremos en el orden político un

solo imperio levantado sobre las ruinas de los demas, una sola nacion que dominaba á toda aquellas á quienes sus victorias habian hecho esclavas; en el orden moral las letras y las artes brillaban con el mayor esplendor. Sin embargo, en medio de todo este poder y de toda esta gloria, reinaba en el mundo la idolatría mas absurda y repugnante. Las cuestiones mas importantes, como la de la unidad de Dios, la de la inmortalidad del alma, la certidumbre de un estado de recompensa para los justos y de castigo para los malos, despues de la muerte, estaban aun sin decidir, y se las consideraba como problemas en las sociedades ilustradas y en los escritos de los sabios. Lo que una secta filosófica erigia en principio, era altamente combatido por otra, y despues una tercera sostenia indiferentemente el pro y el contra, sin que ninguna de ellas osase aspirar á la posesion esclusiva de la verdad, porque ninguna daba bastante importancia á sus opiniones para creerse con derecho á exigir que prevaleciesen sobre las de otras, no ya en todo el universo, sino ni aun en un solo pueblo, en una sola ciudad, acerca de los puntos mas interesantes del dogma y de la moral, tanto para el bien general de las sociedades como para la felicidad particular de cada ciudadano.

(1) Ducreux, *Siècles chetiens*, t. 9, p. 487 á 515.

El politeísmo, tan contrario á la razon, era la Religion pública autorizada en los pueblos civilizados y en las naciones bárbaras; y la filosofía, cultivada solo por algunos genios eminentes, lejos de ocuparse en desengañar é ilustrar á los hombres, juzgaba interesada su gloria en ocultarles las verdades con que secretamente se alimentaba. Pero la grande obra, cuya ejecucion ni siquiera se atrevieron á intentar hasta entonces los sabios de pais alguno, la emprendieron los Apóstoles y sus discípulos. Ellos hicieron conocer el verdadero Dios, sus atributos, sus obras, el plan de su providencia, el fin para que habia dado el ser y la vida á las criaturas racionales, los medios y los ausilios que les ha preparado para conducirlos á este fin, el culto que exige de ellos, las leyes que ha juzgado á propósito imponerles, los dogmas que deben creer, los preceptos que deben observar, los bienes de que serán colmadas las almas justas, y los males que los impíos no podrán evitar despues de su corta peregrinacion por el mundo; en fin, Jesucristo, fuente de toda verdad y de toda santidad, nacido de Dios en la eternidad, y de una Virgen en el tiempo, Dios y hombre á la vez, enviado á la tierra para purgarla de sus errores é impurezas, para dar á los hombres ejemplos y lecciones de virtud que no podrian recibir de otro, y para reponerlos en la dignidad primitiva de su naturaleza, reconciliándolos con Dios y con su propio corazón. Esta doctrina tan nueva, tan saludable, tan superior á todos los conocimientos de la filosofía, admira lo mismo á los sabios que al pueblo ignorante, y se penetran de su claridad, y la reciben como un presente del cielo, y están dispuestos á abandonarlo y sacrificarlo todo por ella. En poco tiempo las familias, las ciudades y las naciones no tienen otra Religion que la de Jesucristo, y esta revolucion tan grande se opera solo por medio de la persuasion. Nace el cristianismo, se funda la Iglesia, y ya en sus primeros dias el uno y la otra han aparecido con todos los caracteres de grandeza y de estabilidad, con ese aire augusto de magestad y nobleza que solo el tiempo imprime. Apenas acababan de descender al sepulcro los Apóstoles y sus primeros discípulos, y ya el dogma, la moral, el culto, la enseñanza, la policía, los grados esenciales de la gerarquía, la forma

de los juicios y la autoridad del tribunal supremo, á quien corresponde terminarlos, todo subsistia con la misma firmeza que si hubiese existido desde las edades mas remotas.

En vano se conjuraron las potestades para la destruccion del cristianismo; en vano edictos sangrientos disponen los mas horrorosos suplicios y levantan contra él los cadalsos y las hogueras: los cristianos, inalterables en su fé, intrépidos en medio de los tormentos, son inmolados á millares, como viles animales, sin que se les pueda imputar otro crimen que su creencia, su culto y su union: á pesar del furor que anima á los principes, á los gobernadores de las provincias, á los magistrados, á los sacerdotes de sus ídolos; á pesar de esta carnicería llevada hasta el estremo de fatigar muchas veces á los mismos verdugos que la ejecutaban, los adoradores de Jesucristo se multiplican de una manera tan prodigiosa, que desde el siglo II llenan las ciudades, las campiñas y hasta el palacio mismo de los Césares. Habiendo reconocido los enemigos del cristianismo por una esperiencia de tres siglos que la proscripcion era impotente para esterminarle, resolvieron emplear otro medio para sostener el vacilante edificio de la religion pagana, y fué reducir á sistema el politeísmo, y demostrar por medio de alegorías que la historia de los dioses, las funciones que se les atribuian, sus misterios, sus fiestas, y generalmente cuanto componia la creencia popular, no era otra cosa que un velo bajo el cual los poetas, primeros teólogos de las naciones, habian ocultado todas las verdades de la moral. Este proyecto era la obra maestra de los filósofos. Para ejecutarle emplearon cuantos recursos les proporcionaba su erudicion, su elocuencia y la sutileza de su ingenio; pero los esfuerzos que hicieron á fin de conciliar el paganismo con la razon, solo sirvieron para poner mas patente la estravagancia de la teología que oponian á la doctrina sublime y pura de los cristianos. No salió pues de su indiferencia la filosofía, ni tomó á su cargo el cuidado de ilustrar al mundo, sino por un sentimiento de celosa rivalidad contra el cristianismo, avergonzada de las ventajas que este tenia sobre ella. ¿Y cuál era el fin de sus trabajos? Perpetuar, corroborándolos, un monton de errores monstruosos, que se

esforzaba en despojar de todo lo que tenían de aborrecible, presentándolos bajo un exterior menos repugnante.

Despues de los siglos de persecucion aparecieron tiempos mas serenos. El cristianismo proscrito, y no por eso menos estendido en todos los pueblos del mundo, dejó de tener las cavernas por templos, y contó á los emperadores en el número de sus discípulos. Protegido por los poderes públicos, autorizado por las leyes, y constituido él mismo bien pronto en una de las leyes del Estado, nada fué capaz de impedir sus progresos; los ídolos cayeron por todas partes, y sobre las ruinas de sus altares se levantaron los del verdadero Dios. Los hombres, desengañados, se avergonzaron de haber permanecido por tanto tiempo encadenados á un culto que era el oprobio de la razon. Sometiéronse al yugo de la fé algunos sábios; la causa general del cristianismo vino á ser su causa personal, y consagraron todos sus talentos á defenderla; y las Sillas episcopales fueron en su mayor parte ocupadas por pastores de una santidad admirable y de un profundo saber. Instruidos los fieles por sus elocuentes discursos, escitados á la virtud por sus ejemplos, sacaban de sus escritos armas para combatir, así los sofismas del pequeño número de partidarios que restaba aún á la idolatría, como las nuevas doctrinas que habian nacido en el seno mismo de la Iglesia. Estos tiempos fueron, pues, para la Religion cristiana tiempos de prosperidad y de gloria, como los que habian precedido desde la predicacion de los Apóstoles hasta la conversion de Constantino lo fueron de fortaleza y de fervor.

A fines del siglo VI, la antorcha de las ciencias profanas, que habia perdido ya su antiguo esplendor, fué oscureciéndose por grados: una multitud de pueblos, cuyos nombres eran desconocidos, invadió el imperio por medio del incendio y por la fuerza de las armas. Los unos se desbordaron como torrentes, destruyendo cuanto se oponia á su marcha; otros, cansados ya del pillaje y carnicería, se establecieron en las provincias que habian devastado; trayendo todos consigo la ferocidad, el desprecio de las artes, la barbarie y la ignorancia. Godos, visigodos, hérulos, vándalos, francos, alanos y horgoñones,

criados en los combates, no conocian otro derecho que el de la fuerza, y bien pronto sus costumbres vinieron á ser las de todo el Occidente. Sin embargo, Carlo-Magno, genio vasto y profundo, cuyo reinado terminó el siglo VIII, emprendió la obra de reanimar la antorcha de la civilizacion en el nuevo imperio cuyos cimientos echó. Si lo que hizo para la felicidad y la instruccion del mundo, sirvió para su propia gloria, los efectos de esta solitud y las instituciones que él habia creado aprovecharon bien poco á las generaciones siguientes. La ignorancia reconquistó el cetro que su mano poderosa le habia arrancado; pero la luz de la Religion, que al fin era la única necesaria, se conservó para demostrar á los hombres el camino de la verdad y de la felicidad. La anarquía se sentó orgullosa sobre las ruinas de los troncos; pero el cristianismo, que incesantemente reclamaba los derechos de la humanidad, hizo salir las monarquías modernas del seno del feudalismo, organizado felizmente á la sazón para reprimir en parte los desórdenes. En medio de la confusion moral y política, solo sus leyes eran respetadas, y ellas protegieron la inocencia y la debilidad, suspendieron las guerras y los combates al menos por algunos dias de cada semana, castigaron las atrocidades y los latrocinios, privando á sus autores de los bienes espirituales y sometiéndolos á penas públicas. Puede por tanto decirse, que si aún existia en el universo alguna virtud, algunas nociones de justicia, algunos restos de buenas costumbres, algunos lazos que uniesen á los hombres entre sí y contribuyesen al sosten de la sociedad, á sola la Religion, á esta Religion, único apoyo de los desgraciados, único freno de las pasiones, única bienhechora de los pueblos, es á quien de ello es deudor el género humano. Aun cuando el cristianismo no hubiese producido otro bien, ¿no deberia considerarse como el mas precioso don del cielo y el fundamento mas sólido de la tranquilidad pública? Pero no se ocupaba solamente de garantizar á la sociedad contra la anarquía; en los mismos siglos que comunmente se apellidan bárbaros, él velaba por sus glorias, conservando los monumentos de la antigüedad sagrada y profana. Si las obras maestras del ingenio humano no han perecido; si nos ha sido

transmitida una parte infinitamente preciosa de las obras inmortales en cada género que las épocas mas brillantes de Atenas y Roma han producido; y por último, si los escritos de los santos Padres, esas fuentes abundantes de uncion y de luz, sirven todavía para confundir el error y fomentar la piedad; y en una palabra, si todo lo que el gusto, el genio y la razón depurados por la fé han producido de excelente, escita hoy nuestra admiración, á la Religión y á sus ministros es á quien el mundo ilustrado debe manifestar por ello su gratitud. Los pocos conocimientos que entonces habia, independientemente de los que se refieren á la fé, la cual jamás cesó de brillar con puro esplendor, se encontraban en los asilos abiertos por el cristianismo á la inocencia y al arrepentimiento. Si se hacian algunos estudios, si se enseñaban algunos ramos de las ciencias, si se copiaban algunos libros, en las catedrales y en los conventos era donde esto se verificaba, y de sus claustros han salido los manuscritos que sirvieron después para formar las mas bellas ediciones que enriquecen actualmente nuestras bibliotecas. Allí es donde en medio de los estragos que desolaban la tierra, se conservó el gérmen precioso de los conocimientos para desenvolverle en tiempos mejores. Sin el clero, ¿qué hubiera sido aun de la agricultura, la primera de las artes útiles? ¿Qué eran entonces la mayor parte de los campos poblados actualmente de ciudades y de mieses? Desiertos inhabitados, bosques inmensos llenos de bestias feroces. Cultivados, empero, por los brazos de los solitarios que los recibieron de manos de la piedad, y fecundados por sus sudores, han escitado después la envidia; pero no se ha querido recordar lo que eran antes de pertenecer á los monjes, ni que en estos últimos tiempos formaban por su abundancia y fertilidad mas bien la riqueza del Estado que la de las iglesias y casas religiosas que los poseian.

Desde la primera edad de la sociedad cristiana, se ve á la heregía y al cisma desgarrar el seno de la Iglesia, á una multitud de sectas diferentes enseñar nuevos dogmas, llevar la turbación hasta el santuario; y degenerando en fanatismo, porque el error no puede permanecer tranquilo y pacífico como la verdad, comunicar su furor á ciudades, á provincias,

á naciones enteras. La vana curiosidad del espíritu humano, el orgullo de la razón, el desenfrenado deseo de la celebridad, la mezcla mal entendida de ideas filosóficas con las nociones de la fé, tales han sido las principales causas de todos los errores que de tiempo en tiempo han surgido del seno del cristianismo: la vanidad, la pasión de dominar á los demas, el amor á la independéncia, la hipocresía, el artificio, el falso celo y el atractivo seductor de la novedad, han sido los medios por los cuales se han perpetuado. Pero todas las sectas enemigas de la Iglesia, oscuras ó numerosas, encerradas en pequeño espacio ó estendidas á gran distancia, absurdas ó consecuentes con sus dogmas, austeras ó corrompidas en su moral, todas han desaparecido unas en pos de otras, heridas de muerte por el anatema de esta Iglesia, cuya autoridad se jactaban de desafiar; y si algunas han prolongado su existencia mas que otras, la época precisa de su origen, que nadie ignora, y el aislamiento en que viven, sin uncion entre sí y sin relacion con la fuente de donde han salido tan miserables arroyuelos, hasta los nombres mismos que llevan de arrianos, nestorianos, entiquianos, monotelitas, etc., los acusan á los ojos del universo, y demuestran la justicia del decreto que los ha proscrito. En medio de tan violentos sacudimientos, la Iglesia católica permanece siempre adherida á los mismos dogmas, siempre firme en la confesion y enseñanza de las mismas verdades, siempre cuidadosa en rechazar doctrinas estrañas. Su fé, su lenguaje y su predicacion no han cambiado jamás, jamás han variado. La misma hoy en sus creencias que en el tiempo de los Apóstoles, la misma en el tiempo de los Apóstoles que hoy, cree y habla como siempre ha creído y hablado. La teología de sus primeros doctores es la que se enseña, la que se aprende hoy en las escuelas; y lo que ellos escribieron hace mas de diez y ocho siglos, se oye, se lee y se predica hoy á los fieles en todos los lugares como si aquellos lo acabaran de escribir. La palabra de Dios, consignada en los libros santos y en la tradición, es ahora, como fué siempre, la regla invariable de la fé. La Iglesia, guarda incorruptible de este depósito divino, no ha permitido jamás que fuese alterado por manos impías. De esta fuente siempre pura y

sagrada, es de donde ella ha sacado sus oráculos. Los fallos que pronuncia contra el error, no son ni nuevos dogmas ni nuevos objetos de fé, sino simples declaraciones de que ella profesa actualmente tal doctrina, porque no ha dejado de profesarla desde Jesucristo y los Apóstoles. Conservando á su Gefe por la sucesion de sus pastores; revestida de la autoridad que de él recibió y que ejerce por medio de estos, para enseñar la verdad y condenar el error; asegurada por las promesas divinas de no poder abandonar jamás aquella ni aprobar este; visible en todos los momentos, lo mismo en lo mas fuerte de las tempestades que en los tiempos de serenidad y de calma, porque en todo tiempo es necesario saber dónde está para poderse incorporar á ella; infalible en sus juicios en materias de doctrina, ya sea que el romano Pontífice hable *ex cathedra*, ya que los pastores se reúnan para concertar sus decisiones, que él ratifica, ó ya que cada uno de ellos, sin abandonar su residencia, se adhiera de un modo espreso ó tácito al fallo pronunciado por el Vicario de Jesucristo, porque la autoridad del tribunal erigido para entender en las causas de fé no debe depender de circunstancias ni de lugares; esparcida en todas las regiones del orbe, conocida y distinguida de todas las sectas antiguas y modernas por su nombre, su esplendor y sus caracteres, no hay pais en el mundo donde su luz no haya penetrado, donde su voz no se haya hecho oír; no hay pueblo, mejor dicho, no hay un hombre tan ignorante, aun en los pueblos separados de ella por la heregía ó el cisma, que llegue á confundirla con las demas sociedades cristianas.

En algunas épocas, dicen los enemigos de la Iglesia, se han visto pueblos de Oriente y Occidente, armados unos contra otros por el fanatismo, y la sangre cristiana ha corrido á torrentes, derramada por el acero de los cristianos, encarnizados entre sí para despedazarse.—Las guerras denominadas Santas encuentran casi todas su justificación en las circunstancias particulares que las motivaron, y en la necesidad de preservar la integridad de la sociedad, constituida entonces sobre una base católica, de los ataques de la heregía que procuraba introducir la desunión para destruirla. Mas, aun admitiendo que la defensa de una

causa justa no haya constantemente podido librarse de algunos excesos, ¿se podrán por ventura atribuir á una Religión que no predica ni inspira á los hombres mas que mansedumbre, paz, concordia, humanidad y recíproco amor? ¿No será mas natural, mas lógico, imputarlos á la ignorancia ó á las preocupaciones de los siglos en que aquellas guerras estallaron, á las pasiones, cuyo impulso funesto sigue frecuentemente por desgracia el corazón humano, á la ambición, á la política y al interés personal de los que trataron de aprovecharse de aquellos desastres? Interrogando la historia de las épocas mas ilustradas, fácil seria hallar excesos semejantes, ó acaso mayores, en pueblos célebres por la sabiduría de su gobierno y cultura de sus costumbres y que no eran cristianos. Por otra parte, preséntenos una ley de la Iglesia, una ley pública y sancionada, que autorice el abuso de la fuerza, aun por causa de Religión, y en tal caso convendremos en que es á ella á quien se deben achacar los males que las pasiones produjeron. Todo hombre instruido, con tal que sea justo, confesará espontáneamente que aquellas calamidades debieron su origen á un espíritu muy ageno de el del cristianismo. Cierto es que la Iglesia católica es esencialmente intolerante, pues si pudiera conciliarse con el error, dejaría de ser la depositaria y la maestra de la verdad; pero su intolerancia no reconoce mas objeto que las doctrinas erróneas; y en cuanto á los que obstinadamente se empeñan en sostenerlas después de haberlas ella proscrito, se contenta con separarlos de su comunión y abandonarlos á su réprobo sentido; á los príncipes toca luego considerar si interesa al bien del Estado tolerar á los no conformistas, ó espulsarlos como perturbadores y enemigos de la sociedad.

Al par de la recriminacion de las guerras de religion, no faltan quienes se han complacido en presentar el espectáculo de las pasiones humanas penetrando en el santuario; la ambición, la avaricia y pasiones aun mas vergonzosas, ardiendo en el alma de los pastores; el vicio sentado alguna vez en la Silla Apostólica, y añadiendo á la Religión de un modo tanto mas sensible, cuanto que el escándalo osaba presentarse en el lugar mas alto y elevado. Pero esos pastores ó aquellos Pontífices á quienes se declara tan poco dignos del en-

cumbrado rango á que Dios, por los inescrutables designios de su justicia les permitió llegar, nada ordenaron, nada definieron en nombre de la Iglesia, que fuese contrario á la sana doctrina de esta en cuanto al dogma y la moral. Si algunos de ellos carecieron de celo, si otros mancharon con debilidades el trono Pontificio, si por último hubo alguno que tuvo opiniones particulares y contrarias á la verdad en algunos puntos de fé, jamás ninguno de ellos, aun en medio de sus estravíos, tuvo la temeridad de pretender que obraba como Gefe de la Iglesia, ó que sus opiniones pasasen á ser objeto de pública enseñanza. Al contrario, la Iglesia, regida por el espíritu de Dios, que es el espíritu de justicia y de pureza, condenó su conducta.

El cristianismo, á quien acabamos de vindicar de una doble acusación, ha sido establecido sobre dos bases indestructibles, esto es, sobre la autoridad de la palabra divina y la de los enviados que Dios había escogido para anunciarla á los hombres. Los medios por los que se ha mantenido de siglo en siglo hasta nuestros días, son del mismo género y reúnen las mismas ventajas. Constantemente es la palabra de Dios la que arregla y garantiza nuestra fé; y habiendo sido confiada á la vigilancia de la Iglesia, esta es quien nos enseña á conocerla y nos manda escucharla. La palabra de Dios nos dice cuáles son los caracteres de la Iglesia depositaria de la verdad, y por medio de ella sabemos á quién debemos acudir para instruirnos en todo lo que necesitamos creer. La Iglesia á su vez nos dice todo lo que la palabra de Dios contiene y de qué modo debemos entenderlo. La una y la otra se prestan mútuo apoyo. Quitad á la Iglesia la palabra de Dios y reduciréis á una doctrina meramente humana la doctrina que ella enseña; despojad la palabra divina de la autoridad concedida á la Iglesia para determinar su sentido é interpretarla, y no hallareis en los sagrados libros más que incertidumbre, oscuridad é impenetrables tinieblas. Todos los herejes de todos tiempos, que sacudiendo el yugo de la Iglesia osaron constituirse en jueces de la palabra de Dios, han conocido por experiencia que, procediendo sin regla ni guía en la interpretación de la Escritura, no puede hacerse otra cosa que estraviarse y dar una caída á cada paso.

Después de haber experimentado la insuficiencia y el peligro de la vía del exámen, no han tenido otro recurso que volver á adoptar la vía de autoridad que antes habían desechado, y por último, han venido á parar en atribuirse á sí mismos el poder que habían negado á la Iglesia. ¿Cómo pudieron olvidarse que el uso que de esta autoridad hace la Iglesia para conservar la fé en su primitiva pureza, proscribiendo todos los errores, había sido el motivo ó el pretexto de su separación? ¿Y cómo no vieron la mancha que echaban sobre sí mismos, rigiéndose por los principios que tanto habían vituperado en los pastores de la Iglesia católica? Pero el camino que abrieron, abierto ha quedado, y no son pocos los que, imitando su temeridad, han seguido sus huellas.

Por lo menos en el siglo XVII, en esa época venturosa á que la progresiva sucesión de los años nos condujo, y en que el progreso de las luces no perjudicaba en nada á la creencia, todo el mundo generalmente aceptaba la revelación. Los hombres más eminentes de aquel siglo, y adviértales que habrá pocos nombres que como celebridades de ciencias filosóficas lleguen á la altura de los Bacon, Descartes, Pascal, Newton y Leibnitz; todos, volvemos á decir, hacían profesión de estar firmemente adheridos á los grandes principios del cristianismo. Si pertenecieron á comuniones diferentes, si se dividieron en cuanto á dogmas particulares, amaron, sin embargo, y defendieron á la Religión en general. No creyeron humillante para su ingenio someterse al yugo de la fé, y aquellos hombres tan altamente elevados sobre sus contemporáneos, no se desdijeron de pensar en este punto como el vulgo más humilde. Ellos que abrieron nuevas sendas á la carrera de las ciencias, tuvieron á mucho honor el marchar por el sendero de la revelación. No solamente reverenciaron á Dios y reconocieron las grandes verdades de la ley natural, sino que creyeron en el Evangelio. ¿Qué nombres podrán contraponerse á los de aquellos sábios? ¿Qué opiniones podrán contrastar sus opiniones? ¿Quién de entre esos que se llaman espíritus fuertes, saldrá á la palestra contra aquellos talentos tan dóciles como sublimes? ¿Y qué será si á tan grandes autoridades se añaden las de otros

no menos recomendables escritores de la misma época, particularmente de los que ilustraron el reinado de Luis XIV? Tal es el imponente cotejo con que el siglo XVII se presenta á la posteridad; con esa multitud y peso de testimonios manifiesta su adhesión á las verdades cristianas; figurárenos ver á la Religión atravesar aquel siglo rodeada de ese grupo venerable de sábios, literatos y filósofos que se reunían para tributarle homenaje, apresurándose á contribuir á la pompa de su triunfo (1). Es muy grato recordar que los hombres eminentes que á tal altura elevaron en todo género la gloria de aquel hermoso siglo, han sido hombres religiosos, y muchos de ellos distinguidos por una vida ejemplar y una piedad á toda prueba. Muy lejos estuvieron de pretender que el genio, el talento ni la fortuna, diesen á nadie derecho de tener creencias ó principios diferentes del pueblo en materias de fé. Téngase entendido que hablamos hasta de aquellos cuyos trabajos eran enteramente profanos, pues aun estos mismos se gloraban de ser cristianos y de parecerlo; jamás su pluma ni sus labios se apresaron con el lenguaje de la impiedad. Cuando hablaban de cosas pertenecientes á la Religión, ó cuando escribían sobre ellas, no era por lo general más que para expresar su adhesión á sus dogmas y la veneración con que miraban todo lo que ella ha conagrado. Ni en la sociedad general en que ellos se hallaban confundidos con personas de todas condiciones, ni en las reuniones particulares en que se congregaban para verse y conferenciar con más desahogo, jamás se les oía la menor palabra, la menor expresión que se asemejase á eso que posteriormente ha dado en llamarse libertad filosófica: el haber empleado tan miserables recursos para distinguirse de los demás ciudadanos, hubiera sido para aquellos hombres un medio seguro de envilecer y deshonrar su profesión de literatos.

¡Ah! Bien podría decirse que sus talentos superiores agotaron la pública admiración. No se creyó poder llegar á su altura, aun siguiendo el camino que ellos habían seguido, y por lo tanto se trató de apelar á otro medio. Ellos habían puesto su gloria en respetar la Reli-

gion; los que vinieron en pos de ellos creyeron grangearse otra, atacándola (1). Por un efecto natural y como necesario de los principios de la reforma y del derecho que se han arrogado sus caudillos, de citar todas las doctrinas al tribunal de su razón y de erigirse en únicos árbitros de la verdad y del error, ciertos hombres audaces, bajo el nombre de filósofos, después de haber atacado todos los dogmas del cristianismo, se esforzaron en derrocar todas las máximas sobre que el edificio social reposa, y todas las verdades que constituyen la esperanza y el consuelo de los hombres; es decir, que después de haber abierto su boca contra el cielo, su lengua se volvió contra la tierra. Ellos negaron la divinidad de la Religión cristiana, la de Jesucristo, la inspiración de las Escrituras, la posibilidad de las profecías y de los milagros, la espiritualidad é inmortalidad de las almas, la certeza de la vida futura, etc. En seguida destruyeron también los dogmas de la Religión natural, de la que se llamaban Apóstoles; y finalmente, por una consecuencia inevitable de su sistema, llegaron á predicar abiertamente el ateísmo. Por haber hecho tales servicios á los hombres, se condecoraron con el título de bienhechores del linaje humano y de enemigos de la superstición. ¡La superstición! Como si no fuera fácil hallar filósofos mucho más supersticiosos que el hombre más ignorante, é incrédulos cuya credulidad es más exagerada que la de la plebe. ¿Se ha olvidado que Marco Aurelio autorizó todas las supersticiones paganas; que Juliano, aquel héroe de la filosofía, fué el más débil de los hombres en cuanto á superstición; y que Simmaco, prefecto de Roma, famoso por su erudición y talentos, solicitó de Teodosio el Grande con ahínco el restablecimiento del altar de la Victoria, erigido por la superstición á fines del siglo IV, en cuyo tiempo el cristianismo brillaba con todo su esplendor? ¿Cómo se ha podido resistir á la luz, y preferir opiniones destituidas de autoridad al juicio de un tribunal, íntimamente unido con la constitución del cristianismo y que no puede engañarse, á menos que Dios mismo fuese cómplice del error, ó que Jesucristo fuese el primero que

(1) Mem. para la Hist. Eccl. del siglo XVIII. Introducción, pág. 15.

(1) Mem. para la Hist. Eccl. del siglo XVIII. Introducción, pág. 27.